

Tan débiles que tropezamos en bancos de aire. Tan torpes que construimos historias de amor con gente sin nombre y sin rostro. Y si todo fuera blanco. Y si todo transcurriera en relojes de arena sin paredes. A veces echo de menos la intensidad del dolor. El miedo a sentir la nada rodeando mis contornos. La ira blanca y lechosa que circulaba por mis venas, ha quedado reducida a posos de te verde. La lucha por escapar de los propios contornos desgasta demasiado, y ya ni los bancos de los parques se acuerdan de mi misma hace años.

Me paseo de memoria por las calles de hace años, repaso desde lejos las huellas de mis botas, y desligo con cuidado los montones de hojas secas de otros octubres. Repaso los armarios que contienen viejos trajes. Y me cuelgo de las perchas confiando que alguna polilla se acerque para hacerme sentir viva. Cuánto daño. Cuántas pérdidas.

Repaso los mapas de mi mundo, autopistas nuevas han borrado los callejones. Repaso las lecciones que no aprendí, y estudio de nuevo las circunstancias que nunca se dieron. Es lógico pensar que la locura encierra leyes universales. Y es lógico pensar que las pérdidas se tornan ganancias al pasar los años. Porque los calendarios son de latón, y el tiempo se convierte en cemento al descolgarse segundo a segundo.

Me atraen los imanes de los cuerpos que no son el mío. Y las virtudes del deseo se arremolinan en los cruces de caminos. Me miro las manos y pienso que los surcos encierran verdades propias e impropias, y la libertad de movimientos de los dedos me enseñan la vanidad que llevo a cuestas.

Es cierto lo que dicen, el que oye a los demás escucha su propia voz. ¿Será cierto el resto de las enseñanzas? Aporrear un piano en una calle de Lisboa es una locura. Y torcer las púas de los tenedores es una tontería. Hablar en bajo con uno mismo reflejado en el cristal del autobús es de imbéciles. ¿Es de locos pensar que el dolor y el deseo de muerte me hacían sentir viva?

Tan fuertes que nos inventamos males. Tan audaces que leemos en los demás defectos propios. El miedo a la recaída nos hace avanzar hacia atrás. Y la nostalgia se tiñe de ilusión. Mensajes cortos directos a la papelera. Móviles estáticos que comunican de noche. Números viejos y fotos por hacer que reposan en la nada de un álbum guardado al fondo de las cajas de cartón. Virtualmente conectados a un otro que no existe. Y rostros que existen tan solo en nuestra retina. Luces de fondo que no se detectan. Gatos pardos de día. Y noches a las doce de la mañana.

El mundo se gira sobre sí mismo. El soporte de mis miedos lo canjeo por la seguridad estúpida. Y los accidentes geográficos de mi cuerpo se difuminan. Mis acuarelas se diluyen sobre el papel emborronado. Me recojo en una canción de otoño. Y me despliego en los silencios que nadie escucha.

Fingir.

Que escuchas. Que sientes. Que vives. Que sueñas. Te doy dos horas de mi tiempo. Te regalo dos días. Te regalo mis dos vidas. Te escupo de pronto todas mis rebeldías. Te muestro mis iras. Te vuelvo mis caras. Y me vuelvo del revés. Y así creeras que soy gente. Gente normal. Que pasea por la calle, mirando escaparates, sin que te des cuenta de que soy uno de esos maniqués rotos.